
Enredo

Pincelada de meditación

Julián Peragón



ENREDO

Siempre me han parecido demasiado gruesos los diccionarios que mantenemos en nuestras bibliotecas, con esos miles y miles de vocablos, muchos de ellos tan específicos, cultos o literarios que, la mayoría, ya no utilizamos. Quizás una muestra más de que el lenguaje humano no es nada sencillo y fácilmente manejable. Si pudiéramos reproducir las conversaciones que mantenemos nos daríamos cuenta de las incoherencias entre sus frases, de las lagunas, elipsis, barbarismos, ambigüedades y un largo etcétera.

En gran parte de las conversaciones que tenemos con nuestros familiares, amigos o compañeros de trabajo nos jugamos mucho más que el comentario de la noticia del día o el resultado deportivo. Junto a cada frase va incluida nuestra propia imagen, va asociada nuestra importancia personal, nuestra valía y posición social. De ahí que hablamos con códigos diferentes, con motivos diversos y con estrategias tan variopintas. Milagrosamente nos entendemos, aunque sea a trancas y barrancas, y cuando no, la larga sombra del malentendido aparece. Demasiado a menudo.

Pongamos un ejemplo: él o ella nos hacen un comentario acerca de su impresión sobre nuestra obra artística (o cualquier asunto propio, por muy banal que sea). Un comentario que nosotros interpretamos como que le falta entusiasmo, algo así como que, en general, no es una propuesta rompedora u original. En realidad no sabemos bien bien cuál es su experiencia acerca de lo que está sintiendo cuando observa nuestra obra. Lo único que tenemos es una visión de su visión. Y tenemos varias posibilidades para reparar nuestra autoestima como artista, que ha sido dañada pero que no mostramos por nada del mundo. Por un lado, podemos insistir para modificar su experiencia sobre nosotros dando un plus de filosofía del arte que enmarque nuestra obra para darle así más valor, a costa de pasar como pedante. Si vemos que no termina de funcionar, desautorizamos su comentario como débil, falta de criterio o ignorancia. Un desdén que Y claro, él o ella también pueden sentirse no entendidos a pesar de su mayor o menos sinceridad o su dificultad de poner en palabras una sensación, un sentimiento o una idea. Ella o él, por rizar el rizo, solo tienen una visión de la visión que nosotros tenemos sobre su visión de nuestra obra. Meridianamente claro ¿no? Un bucle que puede hacerse infinito y que, en la mayoría de relaciones, lleva al no entendimiento, a ignorar al otro, a sistemáticamente desautorizarlo, a ni siquiera escucharlo, dando por sentado que se equivoca.

Pero todos estamos empantanados porque desconocemos los criterios de valoración del otro. Bastaría sincerarse. Y no es nada fácil. Hablar al otro buscando las claves que permitan que nos entendamos, paso a paso, saliendo así, de ese círculo vicioso en el que damos por supuesto tantas cosas que forman parte de la fantasía o la suposición.

Om shanti. Julián Peragón